

www.elboomeran.com

el Anticristo

Joseph Roth

Ha llegado el Anticristo

¡Qué solitario se sentirá en aquel tiempo quien tenga lo espiritual como único apoyo! ¡Ay!, ¿para quién habrá que escribir todavía cuando los oídos hayan ensordecido para la finura de los matices en medio de la algarada y el griterío políticos... con quién podremos mantener discusiones teológicas sobre las enseñanzas divinas una vez hayan caído en manos de doctri-narios y fanáticos que, como último y mejor argumento de su cerrilidad, apelarán a la soldadesca, la caballería y los caño-nes? Han comenzado a daros caza: creen estar sirviendo a la cristiandad con la maza y la espada del verdugo; los lansque-netes han asolado Roma, gloria del mundo. ¡Oh, Dios mío, qué instintos tan bestiales se han desatado en tu nombre! ¡No, ya no hay sitio en el mundo para la libertad del corazón! ¡Muere también tú, Erasmo!

STEFAN ZWEIG
(Erasmo de Rotterdam)

Ha llegado el Anticristo; y ha llegado disfrazado de tal modo que quienes estamos acostumbrados a esperarlo desde hace años no lo reconocemos. Ya habita entre nosotros, dentro de nosotros. Y sobre nosotros gravita la pesada sombra de sus alas infames. Ya nos estamos consumiendo en el helado ardor de sus ojos infernales. Sus manos dispuestas a estrangularnos se acercan ya a nuestras desprevenidas gargantas; su lengua pecadora y flamígera lame ya nuestro mundo. Ya levanta sus pies de fuego para posarlos sobre los débiles e inflamables tejados de nuestras casas. Hace tiempo que ha sembrado veneno en las almas inocentes de nuestros niños. ¡Pero nosotros no nos percatamos!

En efecto, somos víctimas de la ceguera, una ceguera de la que está escrito que nos afectará antes del fin de los tiempos. De hecho, ya no reconocemos desde hace mucho, la esencia y el aspecto de las cosas con que nos encontramos. Lo mismo que quienes padecen una ceguera física, tenemos sólo nombres para todas las cosas de este mundo que ya no vemos. ¡Nombres! ¡Nombres! Sonidos sin forma, ropajes vacíos para fenómenos irrepresentables, es decir, sin cuerpo y sin vida. ¿Son formas? ¿Son sombras? El ciego no distingue unas de otras. Nosotros, los ciegos,

no las diferenciamos. Damos nombres falsos a cosas verdaderas. En nuestros pobres cerebros resuenan sonidos huecos; ya no sabemos con exactitud qué nombre ha de llevar cada cosa. No reconocemos formas, colores ni dimensiones. Sólo tenemos los nombres y las designaciones para las formas, los colores y los tamaños. Como nos hemos vuelto ciegos, empleamos de manera equivocada nombres y designaciones. Llamamos pequeño a lo grande, y grande a lo pequeño. A lo negro, blanco; y a lo blanco, negro; a las sombras, luz; y a la luz, sombras; a lo vivo, muerto; y a lo muerto, vivo. Así, nombres y designaciones pierden contenido y significado. Es peor que en tiempos de la torre de Babel. Lo único confuso eran entonces las lenguas, y uno no se entendía con otro porque cada cual llamaba a las mismas cosas de forma distinta. Hoy, sin embargo, todos hablamos una lengua igual pero falsa, y todas las cosas tienen las mismas denominaciones, pero erróneas. Es como si se hubiera construido una torre de Babel horizontal. Pero los ciegos, que no conocen su tamaño, creen que esa torre es vertical y va creciendo más y más; y que todo está en orden, pues todos se entienden en buena armonía, a pesar de que en asunto de medidas, formas y colores de las cosas entienden tanto como los ciegos; es decir, emplean equivocadamente y al revés las denominaciones utilizadas en origen de forma correcta y ajustadas a los fenómenos de este mundo: a lo elevado llaman bajo; y a lo bajo, elevado; a lo descollante, postrado; y a lo postrado, descollante. En efecto, un ciego no sabe qué es alto y qué bajo. En tiempos

de la torre de Babel, lo único confuso eran las lenguas y los oídos de la gente. Al menos, unos cuantos de sus albañiles podían entenderse todavía con la mirada, con el lenguaje de los ojos, espejo del alma, según dicen. Pero ahora, los ojos de los hombres están cegados (y las lenguas son sólo siervas, pues, en la jerarquía de los sentidos humanos, los señores son los ojos). ¿Cómo podemos esperar aún que no haya llegado el Anticristo? Esa misma convicción, esa misma esperanza son pruebas de nuestra ceguera. Pues, de la misma manera que podría persuadirse a un ciego de que la noche es día y el día noche, así también se nos puede hacer creer a quienes hemos sido cegados que el Anticristo no se halla en el mundo, que no nos consumimos en el fuego de sus ojos, que no nos encontramos a la sombra de sus alas.

Pero nuestra ceguera es todavía peor que la ceguera física corriente, cuyas propiedades acabamos de atribuirnos, pues la nuestra sólo nos la puede causar el Anticristo y de ella hemos dicho desde el principio que nos está predestinada antes del fin de los tiempos. Es una ceguera infernal, pues aunque estamos cegados, creemos ver. Efectivamente, somos más bien «cegados» que «ciegos». No reconocemos al Anticristo, porque se nos presenta con el ropaje del pequeño burgués, con el ropaje del pequeño burgués de cada país. Según la idea legendaria que teníamos de él, debería haber venido con arreos infernales, con los atributos que nos cuenta la tradición: cuernos, cola y pata renca, con el hedor de la pez y el azufre, con todo el aparato teatral que nuestra fantasía infantil requiere de un ser de su

especie y procedencia. El hombre no quiere imaginar que puede sucumbir por obra de otro ser igual, similar o equivalente a él. Nuestro amor propio exige cierto ceremonial en la hora de nuestra muerte definitiva. Pero el Anticristo intenta estafarnos. Ha llegado con el traje cotidiano del pequeño burgués, equipado incluso con todos los atributos del temor a Dios propios del pequeño burgués, con su piedad bajuna, con su vulgar avaricia de apariencia inocua y su espléndido amor, de talante incluso noble, hacia determinados ideales de la humanidad, como, por ejemplo, la fidelidad hasta la muerte, el amor a la patria, la disposición heroica para el sacrificio en bien de todos, la castidad y la virtud, la veneración hacia el legado de nuestros padres y del pasado, la confianza en el futuro, el respeto ante cualquier repertorio de frases de las que el europeo corriente acostumbra y hasta se ve obligado a vivir. El Anticristo acaba de venir al mundo en medio de esta mascarada aparentemente inocua. Habíamos esperado desde hace siglos que hiciera una entrada grandiosa y teatral. Pero, ahora que ha llegado no como un destructor envuelto en un hedor a azufre, sino como alguien piadoso, acompañado a veces de un aroma a incienso, ahora que se santigua al tiempo que hace el saludo militar, reza padrenuestros y juega en la bolsa, elogia la virtud humana (degradada en «burguesa») para destruirla, pretende defender la cultura europea con las armas con que la aniquila, promete honrar el pasado y pronostica un futuro (porque sabe que tras él no habrá ya ninguno), asegura que ayudará a salvar la humanidad y el humanitarismo y, al mismo tiempo,

liquida a los hombres, como si su lengua engañosa no supiera lo que perpetra su mano asesina. Pero, ahora que ha llegado falaz y disfrazado, no le hemos reconocido, no hemos reconocido al Anticristo.

Yo, sin embargo, sí. Lo vislumbro cuando en el Este de nuestro continente que se hunde asegura que va a liberar a los trabajadores y ennoblecer el trabajo; cuando en el Oeste promete defender la libertad de la cultura e iza sobre los tejados de las cárceles las falsas banderas de la humanidad; cuando en el Centro (es decir, entre el Este y el Oeste) promete a un pueblo felicidad y bienestar, y a la vez prepara la guerra en la que habrá de sucumbir; cuando induce al pueblo insular de Europa, a los ingleses, los marinos del antiguo continente, a la indiferencia frente a todo cuanto puede llegar aún a suceder en ese continente, cómo se puede inducir a los marinos en plena navegación, a los hijos de tierra firme, a que no se preocupen ya del destino de las casas donde nacieron; cuando promete a los hijos de las montañas de Europa, a los suizos, y a los conmovedores e inofensivos hijos de la costa, a los holandeses, fortuna y ganancias en cuanto los demás comiencen a matarse; cuando azuza a los amarillos contra los blancos y a los negros contra los amarillos y los blancos; cuando promete a los italianos el poder de la antigua Roma y a los griegos de hoy el esplendor de la antigua Hélade. Sí, hasta cuando este príncipe de los infiernos visita el Vaticano y le dicta un concordato... reconozco en él al Anticristo.

Y aunque su poder es mucho mayor que el mío, no le temo.

Y quiero intentar desenmascararlo.

Entre nosotros y la gracia de la razón se ha interpuesto un poder

Para protegerse de lo inesperado hay quien ha intentado incluso imitarlo, adelantársele por medio de las máquinas. Se fabrican sorpresas técnicas, y tiene que parecer que sólo existen éstas, que no hay ninguna anímica. Lo sorprendente se mecaniza. Existe en la actualidad una maquinaria de lo sorprendente. Más aún: su potencial en la técnica de hoy es tan inmenso que todo parece posible. Esta maquinaria contiene en sí todas las posibilidades, que ya no necesitan hacerse realidad. Y lo que adquiere realidad no aparece jamás como algo sorprendente, pues se sabe que todo estaba contenido en la gran maquinaria.

MAX PICARD

(El rostro humano)

Decíamos antes que el Anticristo no ha llegado envuelto en pez y azufre, según habíamos imaginado su venida. Su llegada había sido preparada de manera tan excelsa que sus componentes infernales se habían transformado desde hacía ya tiempo en elementos aparentemente naturales, obvios y terrenales. No es que queramos hablar según piensa esa gente adocenada defensora de la idea de que la industria y la civilización técnica son obra del infierno. ¡No! Estamos lejos de pensar así, pues creemos que el propio Dios nos ha dado la inteligencia para investigar, preguntarnos, hallar interrogantes y soluciones, y nuevos interrogantes y soluciones, cada vez mejores. La inteligencia se nos ha dado para que aliviemos con su ayuda la pesada carga que agobia nuestras manos y para que aprendamos poco a poco a mantener erguida la cabeza, creada a imagen y semejanza de Dios; cada vez más erguida, para que se alce hacia el cielo, donde hallará, por así decirlo, su reflejo sublime y eterno. Cuando el ser humano fue arrojado del paraíso y condenado a trabajar la tierra con el sudor de su frente, la ilimitada clemencia de Dios —que bendice incluso en el castigo— le concedió la gracia de la inteligencia para andar su penoso camino, como una especie de recuerdo del paraíso, un memorial luminoso, una pequeña

gema de la corona infinita de la sabiduría divina. La bondad de Dios dio a los hombres la gracia de la razón para aliviar y reducir la maldición del trabajo. Por tanto, quienes dicen que los inventos y los descubrimientos son una maldición, y la máquina un pecado, son mentecatos y necios. En cambio, sí es pecado calificar y elogiar la invención y el descubrimiento, así como el resultado de la inteligencia indagadora y los conocimientos del espíritu humano, de victoria; una victoria lograda por la inteligencia humana sobre la sabiduría siempre secreta de lo infinito. Frente a la sabiduría del poder que nos rige, nuestra capacidad de descubrir e inventar es como una minúscula piedrecilla comparada con una roca imponente. Pues, aunque, por ejemplo (y durante un tiempo), hemos conquistado los aires, no estamos en condiciones de volar hasta el cielo. No sólo se ha previsto que, según dice el refrán, los árboles no crezcan hasta el cielo, sino también que los hombres no puedan visitarlo jamás. Y jamás veremos a un piloto convertido en ángel. Podríamos decir incluso que, a medida que somos capaces de volar más lejos y más alto, el cielo se va apartando de la tierra. Y, aunque alcancemos la llamada estratosfera, no habremos hecho otra cosa que llevar nuestro ser terrenal a una esfera no conocida hasta ahora por ningún ser terreno. Habremos elevado, en cierto modo, la tierra, pero no habremos bajado, en absoluto, el cielo. Y aunque fuéramos capaces de trepar hasta otra esfera más alta —no sé cómo llamarla—, el cielo se nos escaparía siempre, cada vez más arriba. (Tomemos todo esto como una metáfora y digámonos que el ser de la inescrutable

sabiduría de Dios consiste en seguir siendo inescrutable.) ¡Ay!, ni siquiera sabemos qué es arriba y qué abajo. ¡Somos ciegos! Y, aunque mostrando una «confianza ciega», señalamos hacia lo alto siempre que hablamos de Dios, quizá no haya, en realidad, ningún arriba. Y la necedad de quienes piensan haber descubierto el vacío del cielo por haberlo investigado mediante vuelos estratosféricos sin encontrar en él Dios alguno, sería cien veces mayor que la ceguera de los creyentes que señalan a lo alto cuando piensan en el origen y la fuente de sus creencias. ¿Qué significa arriba? ¿Y qué abajo? ¡Ay! ¡El mundo está poblado tan sólo de ciegos! ¡Y de ciegos, además, confusos! Algunos de ellos dicen ser sabios porque han hallado sus conocimientos donde los otros, los ciegos que no ansiaban conocer, habían señalado con el dedo. Y como una parte de los ciegos había afirmado que Dios estaba «arriba», otra parte marchó hacia lo «alto» y, al no ver a Dios, volvió y dijo que no existía. Sin embargo, si no lo ven, es porque están ciegos. ¡Si vieran, no necesitarían recorrer un camino que les muestran sus hermanos ciegos! ¡No se ve a Dios con los ojos del cuerpo! ¡No se le siente con las manos de carne y hueso! ¡Si nos ha otorgado sólo cinco sentidos, no ha sido sin una buena razón! De haber querido que le reconociéramos durante el tiempo de nuestra vida en la tierra, no nos habría dado cinco sentidos sino un millar. ¡Pero sólo nos ha otorgado cinco! Quizá, para que seamos incapaces de reconocerlo mientras vivimos.

Y ahora, dada nuestra arrogancia, algunos de nosotros creen deber negarlo precisamente por su impotencia

para conocerlo. Así pues, nos vengamos de su rigor. Como nos priva de la gracia de conocerlo, decimos que no existe.

Somos entre los ciegos corrientes como unos ciegos especiales a los que es imposible explicar en qué se diferencia el día de la noche.

Pero, ¿cómo hemos podido abusar de nuestra razón? ¿Y cómo ha sucedido que, siendo como era un don de Dios, el único y último recuerdo del paraíso perdido, nos ha llevado a una arrogancia pecaminosa y a unas ideas criminales y erróneas?

Según hemos dicho antes, utilizar la razón no tenía, en absoluto, nada de necio, criminal o arrogante. Pero, al utilizarla, ha debido de interponerse entre nosotros y la gracia de la razón de la que participamos un poder que no hemos sido capaces de reconocer con nuestros cinco sentidos; y lo ha hecho de tal modo que la gracia se ha convertido en maldición. Mientras creíamos estar pensando con claridad y lógica se produjo una confusión, pero no como cuando se estaba construyendo la torre de Babel, sino, por decirlo así, una confusión dentro de la claridad. Claridad que tampoco se ha de comparar con la falsa claridad de un caminante en el desierto. ¡No! Lo que ocurrió fue que la propia realidad se transformó en espejismo. Y cuando llegamos a ella, no se descompuso en aire, sino que fue corpórea y palpable. Cuando caímos víctimas de aquel engaño, nuestros sentidos no estaban fatigados sino frescos y descansados. Cuando fuimos inducidos a error, no nos hallábamos, en absoluto, en un estado calificable de enfermizo o hipersensible, sino completamente natural,

según nos parecía. Nuestra razón estaba incólume; nuestros sentidos, despiertos, y nuestra meta aparecía claramente ante nosotros. Incluso la alcanzamos. Pero era una patraña. Así pues, nos parecemos a unos caminantes del desierto capaces de alcanzar realmente los espejismos engañosos que los han atraído, capaces de alojarnos en casas y palacios que no existen, de calmar la sed en fuentes que no lo son, de reposar a la sombra de palmeras que no son palmeras y disfrutar del sabor de dátiles que no son tales frutos. Esos caminantes creen que su sed está calmada, pero siguen sedientos; que su vientre está repleto, pero siguen hambrientos; que tienen un techo, pero carecen de él. Así es: nuestra saciedad no ha dejado de ser hambre, nuestra patria sigue siendo la falta de un hogar, y lo que llamamos realidad, sigue siendo engaño, pues todo cuanto denominamos conocimiento es mentira. Creemos beber de manantiales rebosantes y son fuentes secas, ellas mismas sedientas.

Hollywood, el Hades del hombre moderno

Los viejos rostros se reconocían en eso: eran todos distintos, como signo de la capacidad inagotable y de la plenitud de Dios, y al mismo tiempo se parecían, pues eran conscientes de que toda multiplicidad es obra de un único creador. Esta mezcla eterna de semejanza y diferencia, ambas debidas a Dios, caracteriza los rostros antiguos.

MAX PICARD
(El rostro humano)

Es cierto que, por poner un pequeño ejemplo del imponente campo de nuestro progreso, podemos hablar con otros a miles de kilómetros; pero, ¿podemos entendernos? ¿Nos decimos la verdad cuando interponemos entre nosotros ese prodigio consistente en hacer oír nuestra voz a miles de kilómetros? Y cuando un amigo que se encuentra en Australia, habla «por el inalámbrico», según lo llaman, con su amigo que se halla en Colombia, el «milagro técnico» de poder escucharse, ¿impide, acaso, el engaño, la falsedad y la traición en su plática? ¿No es, por cierto, más fácil mentir cuando no nos vemos cara a cara? Y, aunque algún día llegue a poder ver la cara de mi amigo en El Cairo y él la mía en París, ¿nos conoceremos mejor que cuando nuestros cuerpos estaban frente a frente en una pequeña habitación? ¿No ocurrirá, en cambio, que, llegado el caso, nos conoceremos todavía menos? ¿Puede un teléfono transformar la incapacidad de mi ojo para conocer en capacidad de conocimiento de ese mismo ojo? Al contrario, el teléfono, incluso el más perfecto, se limita a reforzar la capacidad visual del ojo —tanto si ve correcta como incorrectamente—, pero no convierte en auténtico y verdadero un ojo engañoso y mendaz. Y si el corazón falsario de un falso amigo me hablara de su amor a millones de kilómetros y a

través del altavoz más potente, el así llamado milagro de la técnica no habría convertido en sinceridad la falsedad de aquel corazón, sino que, simplemente, la habría reforzado. Y aunque hemos conseguido que las sombras de la pantalla de los cines se muevan como personas vivas y hasta hablen y canten, sus movimientos, sus palabras y sus cantos no son de ningún modo auténticos y sinceros; esos milagros de la pantalla significan más bien que la realidad que tan engañosamente imitan no era nada difícil de imitar, pues no es real. En efecto, las personas reales, las vivas, habían adquirido ya tal calidad de sombras, que las de la pantalla tenían que parecer reales.

Si me encuentro alguna vez con un actor cuyo rostro y cuerpo conozco por el cine, tengo la sensación de haberme tropezado no con él en persona sino con su sombra, a pesar de ser cierto—y así me lo dice mi razón—que él es el creador de aquella sombra que conozco por la pantalla. Y sin embargo, cuando se cruza conmigo, corpóreo y vivo, se ha convertido en la sombra de su propia sombra. Si las cosas fueran como deben, es decir, si fuéramos realmente capaces de dar vida a las sombras que proyectamos sobre la pantalla con ayuda de la técnica, debería ver en el actor vivo más, incluso, que a él únicamente, una persona viva; debería ver a alguien de una riqueza tal que podría prestar a su propia sombra un hálito de vida. Así pues, el poder que condena a una persona viva —criatura de Dios y, a más abundamiento, alguien a quien ha donado la gracia de dar vida a su sombra, a quien, en cierto modo, habría vivificado y agraciado por partida doble—

a aparecer como la sombra de sí mismo, es un poder tenebroso. Podemos decir, incluso, que esa persona es aún menos que su propia sombra, puesto que ésta constituye su existencia misma, mientras que él ya no se representa a sí, sino, en cierta manera, a su doble, un doble inexistente: él, ese actor, es el doble de su propia sombra a la que envía a diario a aparecer sobre la pantalla de la sala de cine. Sólo ocurre una vez, pero la más fugaz de todas las fugacidades de nuestra existencia terrena, es decir, la sombra de un suceso real, pervive para toda la eternidad. ¡Ya sería mala cosa ser el doble de uno mismo! Pero, ¿qué diríamos si el doble de la propia sombra caminara, viviera, comiera, bebiera y amara entre nosotros los vivos?

Pero aún es peor. Hasta los dobles tienen que morir; llegado un día, mueren el original y su doble. Y cuando muere una persona, fenece también su sombra. Pero el actor que aparece en el cine permanece eternamente en la pantalla, la única realidad sobre la que se desarrolla su auténtica vida, siempre viva. Es decir, la que es «eterna» es su sombra o, más exactamente, su verdad (pues él mismo es sólo el doble de su sombra). Lo cual significa también que hay un tipo de personas, que no han vivido como tales, sino como sombras; y son también personas que no pueden morir. No pueden morir porque nunca han vivido. Se transformaron en sombras, se convirtieron en sombras por propia voluntad. (Se entiende que más o menos voluntariamente.) Vendieron su sombra por dinero y, al hacerlo, dijeron que no se trataba de su sombra, sino de ellos mismos. Y no vendieron su vida únicamente, sino

también su muerte. Recibieron de Hollywood unos honorarios y, en cambio, su dicha se acabó. No sólo fueron una sombra durante toda su vida, sino que lo siguieron siendo también tras su muerte. Esas personas permanecen eternamente en la pantalla para la que habían vivido cuando aún estaban vivas, cuando todavía tenían la posibilidad de ser personas vivas. Y como, estando aún en vida, consideraron su sombra como si de sí mismos se tratara una vez cerrado un contrato con Hollywood, la propia muerte —y en especial ella, dadas las circunstancias— no fue tampoco un asunto del que se ocuparan. La gente cuenta, quizá, todavía con la dicha eterna. ¡Pero quien vive de ser una sombra en vida, tiene ya su propia felicidad perpetua! Está convencido —y no sin razón— de que la pantalla, para la que ha vivido como manifestación corporal, le garantiza una eternidad comprensible, racional, incluso después de muerto. El inventor del cine prometió a los seres humanos esa inmortalidad que entienden estando aún en vida. El mundo antiguo conoció el Hades, el lugar de estancia de los muertos convertidos en sombras.

El mundo en que vivimos conoce el Hades de los vivos, es decir, el cine. Hollywood es el Hades moderno. Allí las sombras adquieren la inmortalidad ya en vida.

Los hombres «modernos» se distinguen de los antiguos sobre todo por haber introducido ya en la tierra el Hades, el reino de las sombras: el Hades del hombre moderno es Hollywood.